

Traducción, censura y propaganda: Herramientas de manipulación de la opinión pública

*Luis Pegenaute
Univ. Pompeu Fabra*

No cabe duda de que, por mucho que nos pese, la nuestra es una sociedad saturada de propaganda. Tanto es así que en muchas ocasiones resulta difícil reconocerla e identificarla como tal. Somos propensos a considerar que la única propaganda existente es aquella que defiende unos intereses distintos a los propios, sin percatarnos de que nuestras convicciones personales son probablemente resultado de otra propaganda diferente, que, si bien puede haber sido más sutil, no por ello menos pernicioso. Es esta capacidad de la propaganda para hacerse imperceptible, para pasar desapercibida al fundirse con la realidad cotidiana, lo que ha llevado a Jacques Ellul a alertarnos de que el hombre corre el riesgo de ser destruido como consecuencia de ella.

En su sentido original, el término "propaganda" sólo hacía referencia a la propagación de determinadas ideas, pero, con el paso del tiempo, se ha ido cargando de connotaciones peyorativas. Por lo general, la propaganda se suele asociar con alguna forma de control ideológico, en cuanto que constituye un intento de alterar o mantener las estructuras de poder existentes, con el único fin de lograr un beneficio para el propagandista. La exclusión de los intereses del sujeto pasivo es precisamente lo que diferencia a la propaganda de la persuasión, pues esta última entraña un beneficio mutuo (*cf.* Jowett y O'Donnell: 15). Siempre que hablamos de propaganda, percibimos un plan cuidadosamente

preconcebido y dirigido a una manipulación de símbolos para lograr un cierto objetivo, objetivo al que sólo es posible llegar si la audiencia refuerza o varía sustancialmente sus convicciones. En palabras de Jowett y O'Donnell, "Propaganda is the deliberate and systematic attempt to shape perceptions, manipulate cognitions, and direct behaviour to achieve a response that furthers the desired intent of the propagandist" (16).

Existen muchas formas de propaganda y muchos criterios para su clasificación. Así, por ejemplo, es corriente hablar de propaganda blanca, gris o negra, atendiendo al grado de exactitud con que podamos identificar al emisor del mensaje y al grado de veracidad de la información transmitida. Por su parte, Michael Balfour, en un importante estudio sobre el uso de la propaganda durante la segunda guerra mundial y los años que la precedieron, habla de cinco formas de propaganda: la difusión de mensajes falsos en la creencia de que son verdaderos, la propagación deliberada de mentiras, la sugerencia de que determinada información es falsa cuando en realidad no lo es, la supresión de la verdad y, finalmente, la manipulación de las noticias. Jacques Ellul, uno de los más renombrados estudiosos del fenómeno, efectúa cuatro distinciones: propaganda política y sociológica, propaganda vertical y horizontal, propaganda racional e irracional, propaganda de agitación y de integración.

Esta última distinción es la que más eficaz resulta en todo estudio que pretenda descubrir la presencia de la propaganda en la literatura, por lo que será central en éste en este trabajo. La finalidad de la propaganda de agitación es concienciar a la totalidad de la población, o a un determinado sector de ella, de la necesidad de llevar a cabo algún tipo de sublevación. La propaganda de integración, por el contrario, busca el conformismo y, si es posible, la pasividad, para lograr así una estabilidad social ventajosa para el propagandista¹. Cuando la propaganda de integración se presenta en sus formas más extremas es porque ha venido precedida de una propaganda de agitación que ha provocado un conflicto político, social o religioso, aunque yo me atrevería a sugerir que, de un modo u otro, la propaganda de integración está presente incluso en los regímenes más

1. Según Ellul, "La propagande d'agitation est le plus souvent une propagande subversive et a caractère d'agitation. Elle est menée par un parti que cherche à détruire le gouvernement ou bien l'ordre établi (p. 85) [...] [La propagande d'intégration est une propagande de conformisation [...] [Elle] a pour but de faire participer à l'individu à la société, de toutes les façons" (85, 87, 89).

consolidados. Si la campaña de agitación ha resultado eficaz, será el sector social que la ha liderado el que después habrá de buscar la forma de conseguir la integración, pero para ello habrá de valerse de otros agentes propagandísticos, pues aunque el objetivo final seguirá siendo el mismo, obtener su propio y exclusivo beneficio, las estrategias y herramientas para conseguirlo habrán de ser necesariamente muy diferentes.

Mi propósito es analizar cuál es la función que cumple la traducción en los periodos post-revolucionarios, es decir, cuando más necesaria se hace una intensa propaganda de integración². Para ejemplificar mejor mis propuestas, me centraré en los regimenes totalitarios o dictatoriales, en los que al ser la propaganda integradora y a la vez vertical, son más radicales las actitudes y más claras las pautas de comportamiento. La propaganda vertical es aquella que no emana del pueblo, sino de un líder claramente distinguible, lo que hace que su componente ideológico sea monolítico. En los gobiernos totalitarios, tanto las creaciones literarias originales como sus recreaciones se supeditan a los postulados que dicta el poder. Tal y como ha puesto de relieve André Lefevre (1-10), por reescrituras de la literatura hemos de entender todas aquellas formas de mediatización de las obras originales, mediante antologías, historias de la literatura, trabajos de crítica literaria, versiones cinematográficas o teatrales y también traducciones. Todas las reescrituras suponen una forma de manipulación, en cuanto que la obra original es convenientemente adaptada siguiendo unos determinados intereses. Desde tiempo inmemorial, las reescrituras han tenido una importancia fundamental en la evolución literaria y en la canonización de los diferentes autores y obras, pues no sólo es omnímoda su presencia, sino que su verdadero carácter manipulador resulta

2. Hay que decir que los tipos de propaganda propuestos por Ellul no constituyen categorías absolutas o excluyentes. De hecho, cabe encontrar simultáneamente los dos tipos de propaganda que constituyen cada uno de los cuatro binomios. Foulkes nos presenta el siguiente caso: "When Hitler purged the SA in 1943, for example, he backed up his action with a campaign of agitation propaganda which was vertical and irrational. The purge itself, however, can be seen historically as marking the growing Nazi awareness that their long-term goals would best be served through a process of integration. Just sixteen days after the blood-letting Hitler was claiming in a speech that 'Revolution is not a permanent process... The ideas in our programme impose an obligation upon us not to act like fools and to overthrow everything, but to actualize our thinking cleverly and carefully' [Craig, Gordon A. 1978. *Germany 1866-1945*, Oxford, p. 587]. As Germany came closer to war, what in fact developed was a situation in which the Germans were subjected simultaneously to agitation and integration propaganda. Even Goebbels, who among the Nazi leaders was the most convinced of the power of a rational and horizontal integration propaganda, demonstrated a spectacular mastery of vertical agitation propaganda in his 'Do you want total war' speech delivered at the Berlin Sports Palace in 1943" (12).

difícilmente perceptible, lo que hace que su eficacia sea ingente, yo me atrevería a decir que casi sobrecogedora. La traducción es probablemente una de las formas más características, más frecuentes y más eficaces de manipulación literaria. Su potencial radica en que permite implantar una determinada imagen de un autor o una obra en una cultura extranjera, enfatizando, suprimiendo o modificando determinados aspectos. Todo parece indicar que el hecho de que el producto sea importado del exterior, probablemente lo hace todavía más vulnerable a la manipulación.

Lefevre (14-15) defiende que las fuerzas encargadas de controlar la producción y la recepción de la obra literaria se encuentran localizadas en dos niveles. Por una parte, están los reescritores, ya sean críticos, editores o traductores, ocupados de adaptar convenientemente la obra original. En un nivel jerárquico superior están las verdaderas estructuras del poder, aquellas personas o instituciones que son capaces de promocionar, inhibir o prohibir un determinado tipo de literatura mediante el ejercicio de un mecenazgo. Este mecenazgo consta de tres elementos: el ideológico, el económico y el del reconocimiento social. En los estados totalitarios estos dos últimos componentes dependen necesariamente del primero, es decir, que el *status* del escritor y sus ingresos se supeditan al tipo de ideología que proyecta en su obra. Ello quiere decir que se le priva de cualquier tipo de libertad creativa, en cuanto que no se tolera ningún tipo de literatura cuyo contenido ideológico se aleje de los postulados dictados por el poder.

Si, tal y como hicieron ya los formalistas rusos en la década de los 20, entendemos una determinada cultura como un sistema integral constituido por diferentes subsistemas, de los cuales la literatura es sólo uno más, junto a la religión, la ciencia o la economía, veremos que el subsistema literario se encuentra en relación de interdependencia con el resto de los subsistemas y en conformidad con los principios generales que determinan el desarrollo cultural en su totalidad. Partimos aquí de la siguiente premisa: la literatura es ante todo un producto social y, por consiguiente, sólo puede ser analizada adecuadamente desde una perspectiva sociológica. Al concebir el arte como el resultado de un complejo entramado de factores históricos, renunciamos explícitamente a la adopción de cualquier aproximación basada en cualidades estéticas universales, pues estas sólo encuentran su sustento en disquisiciones metafísicas sobre el concepto de belleza. Esto quiere decir que el escritor nunca trabaja desvinculado de su entorno y que, como miembro que es de la comunidad, su producción literaria viene determinada por una serie de convenciones sociales, ya

sea por coincidencia con ellas o por oposición a las mismas. Lo mismo cabe decir, por supuesto, de las interpretaciones a las que estas creaciones pueden ser sometidas, es decir, de las diferentes recreaciones que pueden tener lugar.

El subsistema literario se encuentra regulado por dos conjuntos de principios que resultan prescriptivos y dinámicos a la vez, a saber, la poética y la ideología. Mientras que la poética se encuentra restringida al fenómeno artístico, el ámbito de aplicación de la ideología se extiende a la totalidad del sistema. La poética y la ideología pueden describirse como concepciones idealizadas y prescriptivas de lo que deben ser, respectivamente, el arte y la sociedad, y ambas se determinan mutuamente. La naturaleza ideológica del arte ha sido puesta de manifiesto por la crítica marxista; aunque todos parecen estar de acuerdo sobre el hecho de que el arte es ideológico, no se ha llegado a un verdadero consenso sobre la noción de ideología o sobre cuál es la relación entre la ideología y otros aspectos de la vida social. En términos generales se puede decir que la mayor parte de las teorías sobre la ideología postulan que las ideas y creencias compartidas por la comunidad se encuentran sistemáticamente relacionadas con las condiciones materiales de su existencia (*cf.* Wolff: 50).

Las traducciones de obras literarias constituyen, en principio, nuevas obras literarias, es decir, producciones artísticas. Según Solomon (236-7), en todos los periodos postrevolucionarios, se pueden apreciar tres tendencias fundamentales en la actitud adoptada hacia el arte. Estas tendencias, que bien pueden definirse como características de la propaganda de integración, son las siguientes: concienciación de la capacidad pedagógica del hecho artístico, con la consiguiente creación de mitos que exalten los ideales perseguidos o que resulten ejemplarizantes como modelos de comportamiento; un progresivo rechazo de la complejidad y diversidad artística, acompañado del uso de elementos autóctonos o convenientemente adaptados a los modos de expresión popular; finalmente, la presencia de la censura como estrategia de control ideológico. La naturaleza de la actividad traductora (es decir, el proceso de la traducción) viene fuertemente determinada por una concienciación de cuál es la función que debe cumplir el resultado (es decir, la traducción entendida como producto). Este producto puede constituir una fuente doctrinal de inestimable valor, pero si no es estrictamente controlado, puede convertirse en una

herramienta subversiva de primer orden. La función de la censura es velar para que no ocurra esto último.

Mi opinión es que, de un modo u otro, la censura se encuentra en todas las formas de organización social, por lo que parece más conveniente hablar de ella en términos relativos y no establecer su presencia o ausencia según parámetros absolutos. Esto hace que, en cierto sentido, hoy podamos decir que Lippmann tenía razón cuando afirmaba, hace ya más de setenta años, que la propaganda es inconcebible sin algún tipo de censura³. Aun así, es legítimo preguntarse hasta qué punto sería posible, por ejemplo, que una propaganda de agitación se valiera de la censura si el grupo social interesado no tiene acceso todavía a los mecanismos del poder, lo que me lleva a sugerir que la censura es una herramienta exclusiva de la propaganda de integración. Ello no entraña una contradicción con lo dicho anteriormente, es decir, que cabe encontrar algún tipo de censura en todos los regímenes políticos, pues ya he señalado que todos los sistemas tienden a construir formas de autoprotección mediante propaganda integradora, por muy leve que esta sea.

La presencia de la censura en relación con la traducción se deja sentir en tres niveles: en la selección del material que va a ser traducido, en el proceso de la traducción y en la recepción del producto final. En lo que respecta a la selección de la literatura que se considera conveniente traducir, se aprecian dos tendencias muy marcadas: la traducción de material cuyo contenido ideológico es afín (o fácilmente adaptable) al del sistema receptor y la traducción de obras que resulten completamente inocuas. En ciertas ocasiones puede ser difícil importar obras extranjeras que contribuyan de forma explícita a sustentar los principios doctrinales de un determinado gobierno totalitario, ya sea por el aislamiento en que este se encuentra o porque no ha sido capaz de consolidar una ideología realmente distintiva. Si bien es cierto que muchas veces censura y propaganda están indisolublemente unidas, también lo es que determinados sistemas totalitarios parecen más proclives a prohibir la contaminación

3. "Without some form of censorship, propaganda in the strict sense of the word is impossible. In order to conduct a propaganda there must be some barrier between the public and the event. Access to the real environment must be limited before any one can create a pseudo-environment that he thinks wise or desirable. For while people who have direct access can misconceive what they see, no one else can decide how they shall misconceive it, unless he can decide where they shall look, and what" (Lippmann 1922: 28).

con ideologías presuntamente perniciosas que a fomentar el desarrollo de una ideología propia verdaderamente coherente. No es infrecuente encontrar en los primeros estadios postrevolucionarios una proliferación de la literatura popular o de evasión, tanto en su forma original como en traducción, literatura que está desprovista de cualquier carácter político y que presenta un escaso valor estético. El objetivo perseguido con esta literatura “de masas” es lograr la pasividad intelectual de los grupos sociales disidentes, lo que equivale a decir que cumple una función integradora. Así, por ejemplo, en España, en las dos décadas que siguieron a la guerra civil, encontramos una abrumadora preponderancia de traducciones de esta índole, ya fueran *westerns*, novelitas de amor, de terror, de detectives, etc., siempre presentadas en grandes tiradas editoriales y a precios muy bajos. Algo parecido ocurrió tras la invasión nazi en Polonia, donde se reclutaron verdaderos equipos de escritores ocupados en producir una masa ingente de literatura pseudopornográfica y sensacionalista.

La censura se puede ejercer en dos estadios temporales diferentes y mediante dos fuerzas represoras. Cuando la censura emana del propio subsistema literario, en el que se encuentran localizados los reescritores, podemos hablar de censura interna. Esta censura se lleva a cabo durante el propio proceso de traducción. También podemos encontrarnos con una censura externa, que es la que ejerce el mecenazgo sobre el producto final. La existencia de una censura externa, capaz de prohibir la publicación de una determinada obra u ordenar su secuestro, constituye un importante elemento coercitivo, en cuanto que fuerza a los escritores y reescritores disidentes a autocensurarse. Ciertamente es que no cabe hablar de autocensura en todos los casos de censura interna, pues serán muchos los que mantengan unos principios afines a los postulados desde el poder. Ya hemos sugerido que el reconocimiento social y económico viene íntimamente ligado a las cuestiones ideológicas cuando de propaganda vertical se trata.

El grado de normatividad de la censura depende en buena medida de su grado de explicitación. Lógicamente, las normas que guían el comportamiento de escritores y traductores tienen un mayor vigor prescriptivo cuando han sido formuladas de forma explícita (*cf.* Hermans: 160-64). Esto significa que las normas pueden dar cuerpo a prohibiciones y obligaciones, en el caso de los decretos taxativos, pero también a no-prohibiciones y no-obligaciones, cuando se trata de meras convenciones. En el primer caso, las normas dictaminan qué debe o no decirse; en el segundo caso, se limitan a orientar sobre qué se puede decir y qué no es

necesario decir (cfr. De Geest: 37-40). El entramado resulta complejo, pero sumamente consecuente, en cuanto que el nivel de explicitación de las normas determina su nivel de punibilidad, pero también hasta qué punto se pueden identificar las fuerzas del poder encargadas de su correcto seguimiento. Sin querer realizar una formulación demasiado simplista, no parece insensato sugerir que en los regímenes dictatoriales, donde se lleva a cabo una profunda propaganda vertical, el grado de normatividad viene vinculado al hecho de que los órganos de gobierno resultan claramente piramidales y, por lo tanto, fáciles de distinguir. Si es muy alto el grado de normatividad, ello quiere decir que se está intentando frenar la evolución mediante la potenciación de la identidad intrasistémica, lo cual no es posible lograr de forma indefinida, ya que todos los sistemas son por naturaleza dinámicos y, por consiguiente, proclives a contagios intersistémicos. La función de las normas es reducir la complejidad de los elementos importados, lo que está en perfecta consonancia con el espíritu de la propaganda integradora. La traducción, como reescritura que es, puede contribuir a la creación de un entorno cultural que favorezca temporalmente los intereses de las clases dirigentes, pero para ello habrá de darse un correcto equilibrio entre el grado y la forma de normatividad entendida como deseable tanto por los reescritores como los mecenas. Si el traductor no se convierte en censor, será otro censor el que censure al traductor.

Bibliografía

Balfour, Michael (1979), *Propaganda in War, 1939-45*. London: Faber & Faber.

De Geest, Dirk (1992), "The Notion of 'System': its Theoretical Importance and its Methodological Implications for a Functionalist Translation Theory". en Harald Kittel (ed.), *Geschichte, System, Literarische Übersetzung / Histories, Systems, Literary Translations*. Berlin: Erich Schmidt, pp. 32-45.

Foulkes, A. P. (1983), *Literature and Propaganda*. London/New York: Methuen.

Hermans, Theo (1991), "Translational Norms and Correct Translations", en Kitty M. van Leuven-Zwart & Ton Naaijken (eds.), *Translation Studies: the State of the Art*. Amsterdam/Atlanta: Rodopi, pp. 155-69.

- Jowett, Garth & O'Donnell (1986), *Propaganda and Persuasion*. Beverly Hills (etc.): Sage Publications.
- Lefevere, André (1992), *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*. London: Routledge.
- Lippmann, Walter (1922), *Public Opinion*. New York: The Free Press.
- Solomon, Maynard (ed.), *Marxism and Art: Essays. Classic and Contemporary*. Brighton: Harvester Press.
- Wolff, Janet (1971), *The Social Production of Art*, 2^a ed. 1993. London: Macmillan.